



**Q**uisiera dar mi opinión de por qué el jazz no cuenta con un público más extenso y cómo podrían influir los medios de comunicación para que los profesionales del jazz pudieran subsistir.

Parto de la base de que la gente no recibe una buena educación musical; la gente no aprende a amar a los instrumentos musicales, sólo aprecia el machacante acento en los tiempos primero y tercero de un compás en una discoteca (cuanto más elevado el volumen, mejor), la calidad es lo de menos.

Un factor importante que influye en los gustos de la gente es la imagen; los intérpretes tienen que cumplir unos determinados patrones que encajen en los gustos del consumidor (ser guapo, representar a una determinada clase social, bonitas letras, etc...). Generalmente la música entrará por la vista. Tampoco ha ayudado mucho al jazz la imagen tan hermética e intelectual que se le ha dado. Tengamos en cuenta que el jazz no es sino una música del pueblo (negro) hecha por y para el pueblo. Si la gente comprendiera el fenómeno negro americano, amara de verdad a los instrumentos y tuviera acceso fácil al 'mundillo', seguramente contaríamos con más revistas, más conciertos y más tiendas de discos dedicados al más puro género musical.

Otra forma de entrar sería vendiéndonos al consumismo. Fijémonos en el fenómeno de la música clásica: a fuerza de triturar a Mozart y compañía con terribles versiones comerciales y otros mixes, se venden muchos más discos. En el mundo del jazz tenemos varios ejemplos, como el último de Dinah Washington que está siendo descubierta por numerosos jóvenes, después de 29 años de su muerte, gracias a una conocida marca de pantalones. ¿Os imagináis un anuncio de detergente en el que el ama de casa tarea *Loverman*?, ¿o al Cobos de turno editando *Hooked On Lady Day* interpretado por Madonna? También podrían hacerse versiones rap de temas de Ella o sugerentes sonidos máquina con piezas de Ellington... Esto contribuiría a que la gente conociera a los músicos y con un poco de suerte se interesara por las versiones originales (como ha pasado con Mozart).

Hablando en serio, el jazz, como muchas otras formas de la cultura, solo podrá ser apreciado como se merece si la música en este país se trabaja en serio y nos dejamos de grandes espectáculos, bebidas refrescantes, ropa de lujo y dinero fácil. Para eso contamos con vosotros que estais dando un ejemplo impecable. ¡Seguid así!

**Jaume Balaguer Cervantes**  
(Barcelona)

Antes que nada agradecemos sus felicitaciones. Siempre es gratificante comprobar que el propio trabajo llega a otras personas y, a la vez, las estimula.

Su carta pone de manifiesto varios problemas, no sólo atinentes al jazz, sino a la cultura en general. Pero nos centraremos en esta música como una de sus manifestaciones. Usted dice que la gente no recibe una buena educación musical: nos consta que no recibe ninguna educación musical. Este problema excede ampliamente al de la apreciación o no apreciación del jazz como género específico. Se trata, en cualquier caso, de un fenómeno minoritario en todos los países del mundo, aún en aquellos donde la educación musical comienza a los seis años -como en Alemania-. Es cierto que habiendo una mayor formación básica se abre la sensibilidad a la música; a partir de ese momento, el jazz está ahí para ser descubierto. Proporcionalmente, en los países occidentales con educación musical desde la infancia, el jazz es aceptado por más personas, pero siempre es una música para pocos. El parangón con la música preferida por los jóvenes que van a discotecas creemos que no es válido: allí se va a todo menos a escuchar música. Es más, muchos amantes del jazz van a las discotecas a bailar. Eso se hacía con el jazz antes de la Segunda Guerra Mundial pero, en las últimas décadas, mal que le pese al señor Papo (autor de un artículo sobre bai-

guno de sus discos no sólo figura la marca de sus instrumentos sino también las de su ropa. ¿Y qué opina de la respetabilidad formal de Wynton Marsalis? Quizá eso le haya hecho vender más discos, pero no por eso su música será escuchada y comprendida por más personas.

Nos preocupa un concepto de su carta: el que concierne a la exclusiva, y por lo tanto excluyente, negritud del jazz. Quizás en un principio, cuando no había entre los artistas de jazz mucha conciencia de que lo que estaban haciendo era una forma original de expresión artística, fuera cierto que era una música del pueblo negro, hecha por y para el pueblo. Pero hace unos 50 años las cosas comenzaron a cambiar en varias direcciones. En Estados Unidos el público de jazz es mayoritariamente blanco porque la mayoría de los negros escucha y ama otras formas musicales consideradas quizá más representativas de su cultura viva; por ejemplo, una de ellas es el rap (quizá la más popular en el sentido de suburbana, representativa e incontaminada), que usted mismo denosta poniéndola como posible ejemplo de bastardización del jazz, pero que alguien tan atendible como el profesor Max Roach, entre otros, respeta y escucha con atención. Fuera de los Estados Unidos, obviamente, el público de jazz es no-negro, con la sola excepción de Gran Bretaña donde la proporción de personas de color aficionadas a esta música es mayor que en los otros países de Europa donde hay minorías negras. Por lo tanto podemos inferir que el jazz, desde hace mucho tiempo, tiene como destinataria cierta comunidad de oídos sensibles más allá de las diferencias étnicas. Es cierto que la mayoría de músicos norteamericanos, significativos, es negra; quizá el destino natural de su música sean sus hermanos, pero en este sentido no pueden dejar de experimentar una frustración. Véase como ejemplo la historia musical de Archie Shepp teniendo en cuenta cual ha sido su audiencia: casi nula en Estados Unidos, casi multitudinaria entre las juventudes contestatarias de la Europa de los años 70. El ejemplo de Shepp ha sido cuidadosamente escogido puesto que el saxofonista siempre reivindicó fogosamente la negritud de su arte. Desde hace algunos años no hace declaraciones públicas y toca una música menos opulenta y más digerible, sin traicionarse en lo más mínimo.

Por último, mucho me temo que nuestro "ejemplo", como dice el lector, no cunda más allá de sus límites naturales.

P.D.: Se transmitirá su mensaje a José M<sup>a</sup> García Martínez. ■

*Continúa en pág. 8*

## Escriben los lectores.

responde Carlos Sampayo

le y jazz publicado en el n° 9 de esta misma revista), el relevo ha sido inevitable debido a la propia evolución del jazz. Por esto mismo, el problema de la imagen a que usted alude no es transportable. El jazz, a través de las casas discográficas y los managers tiene cada vez más centrada la cuestión de la imagen como un problema no aleatorio: doy como ejemplo el caso de Chico Freeman; en la contraportada de al-

# Dos años de historia... y mucho más

**C**uadernos de Jazz cumple dos años de lo que todos queremos que sea una larga andadura. Aunque lo normal es decir —y oír— que aquí nunca pasa nada, hemos sido testigos activos de batallas ganadas, de algunas pérdidas, de bastante mercantilismo y, sobre todo, de un aumento creciente y cualitativo de músicos y aficionados que, sin haber nacido o vivido en la meca del jazz, vibran con su sonido igualmente.

No ha sido fácil poner en manos de los lectores estos 12 números consecutivos de la revista. Ha habido que soportar temporales, pero lo que más nos satisface es sentir que no sólo la revista existe, sino que, haciendo un repaso de la actividad de los últimos meses, el ánimo general está vivo.

Si vamos por partes, afloran las dificultades: desde el club que no llena y no amortiza el gasto de los músicos, hasta el organizador de grandes eventos que dice haber perdido dinero con un concierto. Desde las instituciones públicas que aún lo ven algo "negro", hasta los patrocinadores privados que llevan marcada a fuego la palabra "minorías". Pero hay quien, con más sensibilidad y realismo, ha empezado a creer en esta parte fundamental de la música del siglo XX y a tomar en serio a sus artífices y seguidores. Y, de todos modos, ¿cuándo el arte y sus creadores han existido con reconocimiento popular y holgura financiera?

El jazz ha estado presente en todos los eventos del 92: desde Sevilla a Barcelona, pasando por Madrid. Los festivales de San Sebastián, Getxo, Ibiza, Benicàssim, por mencionar los más populares, se han celebrado con éxito de público. En el festival dedicado a la Guitarra, en Córdoba, también tuvo su parcela el jazz, y podríamos mencionar docenas de ciudades y pueblos en los que se han oído esos ecos hasta altas horas de la madrugada, aunque sólo fuese porque había un televisor encendido y alguien, del otro lado de la pantalla, disfrutaba de la retransmisión de un concierto.

No nos parece que la situación sea peor que hace unos años. Es, sencillamente, que se ha canalizado por vías mercantilistas. Lo que se hacía en grupos de amigos, con carácter cerrado, ha pasado a ser objetivo de asociaciones comerciales. Es la cultura como empresa (lo que tampoco hay que despreciar, si se hace profesionalmente). Esto tiene sus inconvenientes, pero la no planificación llevada a cabo por el grupo de amigos, con el secretismo (intencionado o no) del círculo íntimo, tampoco favorecía el crecimiento y expansión del jazz en nuestro país.

Son los "tiempos modernos", pero eso no significa que la evolución haya sido lógica, planificada y programada. El crecimiento espontáneo tiene un doble sentido: la libertad, por un lado, y, por otro, el posible desconcierto. Este último puede ser el mal que nos aqueja. No por mucho programar se llega a conseguir más público: si no se crea la afición auténtica, el público será siempre rotativo y despistado. Es más fácil cumplir los objetivos marcados para la taquilla que los que todo programador cultural se debería imponer al organizar un acto. La cantidad no siempre va en relación directa con la calidad: éso es lo más difícil de conseguir.

Y como en estos dos años han pasado cosas y creemos haber contribuido a esa divulgación lógica de la cultura jazzística a la que antes aludíamos, lo que nos gustaría ahora es no tener que esperar muchos años más para que el jazz, como parte integrante de la cultura (propia o adquirida) de un país, forme parte de las referencias personales de cada uno, permitiendo, a quienes quieran estar imbuidos en él, que creen y desarrollen, sin asistir al fin de 1992 con la triste sensación de que todo ha sido como una feria de las vanidades.

Cuadernos de Jazz

## CARTA SIN RESPUESTA

Presencia y vigencia de un estilo  
(Reflexiones subjetivas de un espectador anónimo)

Viene de pág. 6



**L**éi vuestra invitación para que los lectores participemos en la revista. Eso me parece estupendo y voy a hacer una propuesta: la de crear un taller de música dentro de *Cuadernos de Jazz*... Me explico: soy un buen oyente de jazz y toco la batería desde hace años pero vivo en un pueblo de la provincia de Almería, lejos de todo medio de comunicación y de la posibilidad de tomar clases. No tengo información...Lo que propongo es crear una sección Taller, en principio para los instrumentos claves (batería, bajo, piano, guitarra, saxo, trompeta...) aunque sea de forma sencilla para un mejor acceso por parte de todos (ejercicios de mantenimiento y ritmos bases de swing, bebop, reggae, merengue, etc.)... Espero que la propuesta interese a varios lectores y haya posibilidad de que salga a la luz, ya que no todos tenemos las mismas facilidades que quienes viven en Barcelona o Madrid.

Michel Nodet  
(Garrucha-Almería)

Con muy buen talante Michel Nodet nos atribuye posibilidades de coordinación de actividades, ciertamente muy loables, pero que, lamentablemente, no están a nuestro alcance. Por otra parte hemos de hacerle notar que un espacio didáctico fijo y continuado, dentro de nuestra publicación, exigiría un esfuerzo suplementario poco realista, al menos por el momento. No obstante, habrá de forma esporádica algún trabajo como el que se incluye en este mismo número.

Trabajamos dentro de los mayores márgenes posibles para incluir en *Cuadernos de Jazz* una gama amplia de temas, pero la formación de un taller requeriría una coordinación técnica específica de difícil alcance para una redacción como es la nuestra ahora, empeñada en el sostenimiento de la revista. No obstante, publicamos su carta porque quizá algunos de nuestros lectores sean sus verdaderos destinatarios. ■

**C**omo buen aficionado al jazz, que como tal me considero, mantengo la sana costumbre de no perderme ninguna de aquellas actuaciones que presentan, al menos sobre el papel y en principio, un grado de interés suficiente.

Desde esa perspectiva y en el marco de unas atractivas Nits de Música que ha programado el Ayuntamiento de Sant Just Desvern, el pasado 12 de junio asistí al concierto que ofreció la Paris-Barcelona Swing Connection que contaba para la ocasión con el apoyo del extraordinario maestro del órgano Wild Bill Davis.

Lo que ahora sigue, ni es ni pretende ser una crítica al uso de esta actuación (*Cuadernos de Jazz* cuenta con espacios y compañeros especializados que, a buen seguro, tratarán el tema), es simplemente la enumeración de unas reflexiones que a título personal, pero reforzadas a raíz de mi asistencia al concierto, he decidido hacer públicas por si a alguien pudieran interesar.

1.<sup>a</sup> El jazz, por origen y sencillez, no puede ser un género formal y formalista.

Desgraciadamente, vengo observando, y cada vez con mayor frecuencia, que algunos músicos de jazz adoptan ante el público una actitud fría y distante, que puede confundirse e incluso entenderse como de simple descortesía.

2.<sup>a</sup> Como cualquier arte verdadero, el jazz debe ser ante todo comunicación.

Y ésta se basa en el mutuo conocimiento del lenguaje empleado. En ocasiones, el músico emplea en su discurso sonoro un idioma que el espectador medio ignora o se le escapa, debido en gran medida a su complejidad conceptual.

3.<sup>a</sup> El mensaje jazzístico ha de ser participativo y recíproco.

¡Cuán feliz sería si todos los jazzmen se esforzaran cuanto menos un mínimo en establecer los mecanismos necesarios e imprescindibles que permitirían al espectador participar activamente en el desarrollo del fenómeno jazzístico.

4.<sup>a</sup> El jazz no debería perder su componente de espontaneidad.

Puesto que es uno de sus elementos sustanciales y definitorios. Sin espontaneidad no hay jazz, y siento confesar que en excesivas ocasiones muchas de las actuaciones, supuestamente jazzísticas, me recuerdan demasiado por su forma y su desarrollo a conciertos de música clásica.

5.<sup>a</sup> El músico de jazz, no debe servirse de él, sino servirlo.

Como a buenos espectadores, que a todos os supongo, ¿quién de vosotros no ha asistido a actuaciones en las que más que disfrutar de nuestro género, os ha parecido que formábais parte de un tribunal de oposición a cátedra, dado que los solistas, más que interpretar parecían únicamente interesados en demostrar su virtuosismo y su completa y cuidada formación técnica?

6.<sup>a</sup> El jazz debe continuar pasando antes por el corazón que por la cabeza.

Y es que ante tanto jazz cerebral, intelectual o intelectualizado, uno, ingenuo e inocente, acaba por echar en falta un poco más de calor, de sentimiento y de pasión.

Y ya que hablo de pasión...

7.<sup>a</sup> El solista debería contagiar al aficionado su pasión por el jazz.

Ya que creo que la preocupación primera de cualquier artista debiera consistir en que ese amor, que indudablemente siente por su estilo, se extendiera entre la mayor cantidad de gente posible.

Vaya desde aquí mi admiración y agradecimiento a todos aquellos músicos que me incitan, me animan y me infunden furor por el jazz. Vaya desde aquí mi indiferencia a aquellos otros músicos que se nos presentan y actúan cual semidioses del Olimpo, ante el que sólo cabe la fe ciega, cuando no la rendición incondicional. Y en jazz, no es recomendable extender cheques en blanco.

8.<sup>a</sup> Por favor, no me matéis el swing.

Y no me refiero al estilo, que ya ha entrado por derecho propio en la historia de nuestra música, sino a ese cosquilleo que te recorre el cuerpo y que no sabes explicar pero del que precisas tanto como del aire que respiras. Por favor, ¡no me matéis el swing!, que mi único deseo es que mis pies no hayan de detenerse nunca en su maravillosa función de ir marcando el ritmo.

9.<sup>a</sup> Que terminemos como Vibrato -Wawa - Punch Growl - Background, etc., etc.- pueden continuar vigentes en el jazz de los noventa.

Que no todo han de ser teclados y sintetizados. Que no todo ha de ser sonido limpio, fresco y cuidado.

10.<sup>a</sup> Que el jazz, también hoy puede ser música emotiva,ailable y sobre todo divertida de escuchar.

Y no dejarlo reducido a un estilo denso, difícil e incluso ininteligible, aparentemente reservado a una élite a menudo pretenciosa y esnob.

Y vuelvo al concierto de la Paris-Barcelona Swing Connection porque... todo un clásico entre los clásicos como por ejemplo el *Flying Home* con nuevos y buenos arreglos, servidos por buenos y jóvenes solistas, tiene y mantiene toda su vigencia.

Punto y final

El mundo del jazz es, y todos los aficionados debamos felicitarlos por ello, múltiple, variado y tan generoso que reserva espacio a todas las tendencias y estilos (aseguraría que su grandeza y su pervivencia se basa en su enriquecedora diversidad y en su constante capacidad de evolución), así que me siento legitimado, aunque desde mi modestia, a expresar mi propia visión del jazz. Supongo que para muchos, cuanto menos pintoresca, pues dista bastante de la que por el habitual se ofrece desde los medios de comunicación, pero que también responde a una realidad. A la que componían todos aquellos espectadores anónimos, de cualquier edad y condición que la madrugada del 12 al 13 de junio salíamos del Ate-neo de Sant Just con las caras rebosantes de felicidad, las manos cansadas de aplaudir, el cuerpo exhausto de tanto y tanto swing, y el jazz, siempre el jazz, corriendo por nuestras venas, apresurado y eterno.

Por todos ellos y por mí mismo. ■

Valenti Sésar  
(Sant Boi de Llobregat)